

Estaba avanzado el día cuando el sacristán despertó. Se encontró tendido en el cementerio; su botella, enteramente vacía, estaba á su lado, y su vestido, su azada, su linterna, todo blanqueado por la helada, estaban esparcidos por la tierra.

Gabriel empezó á dudar de la realidad de su aventura, pero los dolores agudos que sentía en las espalda, cuando quiso levantarse, le aseguraron que los puntapiés recibidos no eran imaginarios; dudó de nuevo no viendo huellas de pasos sobre la nieve donde habían saltado los duendes; pero pronto se explicó esta circunstancia, recordando que los duendes no pueden dejar tras sí ninguna impresión visible.

Gabriel se enderezó lo mejor que pudo, y sacudiendo la nieve de su vestido, se dirigió al pueblo.

Pero su espíritu había cambiado enteramente, y no podía soportar el pensamiento de volver á donde su arrepentimiento sería puesto en duda, si no ridiculizado: vaciló durante algún tiempo, después se dirigió al campo, con intención de ir á ganar su pan á un nuevo país, cualquiera que fuese.

Se encontró aquel día en el cementerio la linterna, la azada y la botella del sacristán. Hiciéronse al principio muchas suposiciones sobre su destino; pero se decidió pronto que se lo habían llevado los duendes: hubo testigos muy verídicos que declararon haberle visto arbatado por los aires, sobre un caballo negro, el cual era tuerto, tenía cola de oso y ancas de león. Por mucho tiempo esto fué creído á pie juntillas, y el nuevo sacristán mostraba á los curiosos, por una propina, un trozo considerable de la aguja de cobre del campanario, rota por una patada de aquel caballo en su carrera aérea, y recogida por el susodicho sacristán en el cementerio, un año ó dos después del acontecimiento.

Desgraciadamente la veracidad de este relato está justificada por la reaparición inesperada de Gabriel Grub, que volvió diez años después, viejo, pobre y enfermo, pero contento. Contó sus aventuras al cura y al alcalde, de modo que pasaron al dominio de la historia, donde han estado hasta hoy; solamente los que habían creído en la rotura de la aguja, viéndose engañados, no quisieron creer nada; tomaron un ademán malicioso, alzaron los ojos y murmuraron de Gabriel Grub, diciendo que había bebido mucha Ginebra y se había dormido sobre la tumba. En cuanto á sus observaciones en la caverna de los duendes, es lo cierto que vió el mundo y aprendió en él. Esta opinión, sin embargo, no fué popular.

Cualquiera que sea la versión verdadera, es lo cierto que Gabriel Grub fué afectado de reumatismo hasta

el fin de sus días, y por tanto la historia tiene su moralidad: y es que un hombre atrabiliario, que bebe sólo la noche de Navidad, puede estar seguro de que le hará daño, aunque su aguardiente sea tan bueno como el del rey de los duendes.

### CAPITULO XXX

*De cómo los pickwickianos trabaron relaciones con dos amables jóvenes, pertenecientes á una profesión liberal. De cómo jugaron sobre el hielo. Y cómo terminó la visita.*

—Sam, ¿todavía está helando? — dijo Mr. Pickwick á su criado, cuando éste entró en su habitación la mañana de Navidad, para llevarle agua caliente.

—El agua de la tinaja tiene una capa de hielo, señor.

—¿Qué estación!

—Buen tiempo para los que están bien vestidos, señor.

—Bajaré dentro de un cuarto de hora, — dijo mister Pickwick, desatando las cintas de su gorro de dormir.

—Abajo encontraréis un par de bisturios.

—¿Un par de qué? — exclamó mister Pickwick, incorporándose en su lecho.

—Un par de bisturios, señor.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo? ¿no comprendéis que son dos cirujanos?

—¡Oh, cirujanos!

—Justamente; pero estos no son sino cirujanos en agraz; son solamente aprendices.

—En otros términos: ¿son, por lo que dices, estudiantes de medicina?

Sam hizo un signo afirmativo.

—Me alegro, — dijo Mr. Pickwick, quitándose enérgicamente el gorro; — son jóvenes amables, cuyo juicio está maduro por el hábito de observar y reflexionar, cuyo gusto está depurado por el estudio y por la lectu-

ra. Tendré mucho gusto en verlos.

—Están fumando junto á la chimenea.

—¡Ah! — dijo Mr. Pickwick frotándose las manos, — eso es precisamente lo que me gusta; superabundancia de sociabilidad.

—Y uno, — continuó Sam, — tiene puestos los pies sobre la mesa, y bebe mucho aguardiente, mientras el otro, que parece amante de los moluscos, tiene un barril de ostras sobre las rodillas y se las come al vapor, entreteniéndose en tirar las conchas al dormilón hipopótamo, que está tendido en un rincón.

—¡Excentricidades del genio, Sam! — puedes retirarte.

Sam se retiró, y un cuarto de hora después bajó Mr. Pickwick á almorzar.

—Aquí está, — exclamó Mr. Wardle: — Pickwick, os presento al hermano de miss Allen, Mr. Benjamín Allen; nosotros le llamamos Ben, y vos podéis hacer lo mismo, si queréis. Este otro caballero es un amigo íntimo.

—Mr. Bob Sawyer, — dijo Mr. Benjamín Allen, presentando á su amigo.

Inmediatamente los dos jóvenes lanzaron á duo una gran carcajada.

Mr. Pickwick saludó á Mr. Bob, y este saludó á Mr. Pickwick; después de lo cual, Ben y su amigo íntimo se ocuparon de los comestibles, lo que ofreció á Mr. Pickwick la facilidad de examinarlos.

Mr. Benjamín Allen era un joven orondo y fornido, cuyos cabellos negros estaban cortados á punta de tijera, y cuya cara blanca tenía una gran longitud: se había embellecido con un par de anteojos y llevaba corbata blanca; debajo de su traje negro, que estaba abotonado hasta la barba, aparecían las piernas, revestidas de un pantalón color de pimienta, terminadas por un par de botas imperfectamente embetunadas. Aunque las mangas de su vestido eran cortas, no permitían ver el menor vestigio de puños; y aunque su rostro era bastante ancho para admitir un cuello de camisa, no estaba, sin embargo, adornado por ningún apéndice de este género. En resúmen, su traje tenía un aspecto un poco humilde, y esparcía en torno un fuerte olor á tabaco barato.

Mr. Bob Sawyer cubierto con una gran levita azul, mitad paletot, mitad gabán, con un ancho pantalón escocés, un grosero chaleco de grandes solapas, tenía aquel aspecto de presunción descarada, aquel ademán fanfarrón particular á los jóvenes que fuman en la calle durante el día, llaman á los mozos de las tabernas por su nombre de pila, y realizan en la calle otras hazañas

del mismo jaez: llevaba un grueso bastón de enorme puño; no usaba guantes; y en resúmen, parecía un Robinson Crusoe en su periodo de libertinaje.

Tales eran las dos notabilidades á quienes mister Pickwick fué presentado en la mañana del día de Navidad.

—¡Soberbia mañana, señores! — dijo.

Mr. Bob Sawyer hizo un ligero signo de asentimiento al oír esto, y pidió la mostaza á Mr. Benjamín Allen.

—¿Habéis venido de muy lejos, señores? — preguntó Mr. Pickwick.

—De la posada de *El León azul* en Muggleton, — respondió brevemente Mr. Allen.

—Deberíais haber llegado ayer por la noche, — continuó mister Pickwick.

—Así hubiera sido, — respondió Bob, — á no ser porque el aguardiente de *El León azul* era demasiado bueno para dejarlo tan pronto: ¿no es cierto, Ben?

—Ciertamente, — respondió éste, — y los cigarros tampoco eran malos, ni las chuletas de puerco: ¿no es esto, Bob?

—Seguramente, — contestó Bob.

Y los amigos íntimos continuaron con más vigor sus ataques al almuerzo, como si el recuerdo de la noche anterior les hubiera redoblado el apetito.

—Masca bien, Bob — dijo Allen á su compañero.

—Ya lo hago — respondió Mr. Bob.

Y para hacerle justicia, hay que convenir en que lo hacía bien.

—¡Viva la disección para dar apetito! — exclamó Mr. Bob Sawyer, mirando alrededor de la mesa.

Mr. Pickwick se estremeció ligeramente.

—A propósito, Mr. Bob — dijo Mr. Allen; — ¿habéis concluido esta pierna?

—Casi, casi — respondió Mr. Sawyer, administrándose la mitad de un pollo; — tiene una musculatura muy fuerte para ser pierna de niño.

—¿De veras? — dijo con negligencia Mr. Allen.

—Sí — dijo Sawyer con la boca llena.

—Tomad la cabeza, — dijo Allen.

—Gracias — dijo Bob, — es mucho lujo para mí.

—¡Bah! ¡bah!

—Imposible; ¡si fueran sesos! pero una cabeza es superior á mis alcances.

—¡Chitón, señores! — exclamó Mr. Pickwick; — oigo las damas.

Las damas entraron, de vuelta de su paseo matinal; venían galantemente escoltadas por Mr. Snodgrass, mister Winkle y Mr. Tupman.

—¿Cómo, eres tú Ben? — exclamó Arabella en tono

que indicaba más sorpresa que placer de ver á su hermano.

—Mañana te llevo á casa, Arabella — respondió Benjamín.

Mr. Winkle palideció.

—¿No ves á Mr. Bob Sawyer? — continuó el estudiante.

Arabella extendió graciosamente la mano; y como Mr. Sawyer la estrechaba de un modo visible, Mr. Winkle sintió en su corazón un estrechamiento de rencor.

—Mi querido Ben — dijo Arabella sonrojándose; — ¿te han presentado á Mr. Winkle?

—No, pero tendré mucho gusto en ello — respondió el hermano gravemente.

Después saludó con seriedad á Mr. Winkle, mientras éste y Bob Sawyer se miraban de soslayo con mutua desconfianza.

La llegada de los dos nuevos personajes y la contrariedad que causaba á Arabella y á Mr. Winkle hubieran modificado de una manera desagradable la concordia de aquella sociedad, si la amabilidad de Mr. Pickwick y el buen humor de Mr. Wardle no se hubieran desplegado en grado superior para bien de todos: Mr. Winkle se insinuó gradualmente en el ánimo de Benjamín, y aun entabló una conversación amistosa con Bob Sawyer, que, gracias al aguardiente, al almuerzo y á la conversación, se encontraba en una situación de espíritu muy singular. Contó con mucha verbosidad cómo había estirpado un tumor de la cabeza de un viejo, ilustrando esta agradable anécdota con incisiones hechas en un pan de media libra con un cuchillo.

Después del almuerzo fueron á la iglesia, donde Benjamín Allen se durmió profundamente mientras mister Bob Sawyer elevaba su pensamiento sobre las cosas terrestres, grabando con un cortaplumas su nombre en letras de cuatro pulgadas sobre el respaldo del banco que tenía delante.

Después de un ligero refrigerio, el viejo Wardle dijo á sus huéspedes:

—¿Vamos á pasar una hora sobre el hielo?

—¡Buena idea! — exclamó Benjamín Allen.

—¡Famosa! — exclamó Bob Sawyer.

—Winkle — dijo Mr. Wardle, — vos patináis sin duda.

—¿Eh?... sí, ¡oh!... sí — replicó Mr. Winkle... — pero estoy un poco estropeado.

—¡Oh! Mr. Winkle — dijo Arabella, — patinad, os lo suplico; ¡me gusta tanto ver patinar!

—¡Es tan gracioso! — continuó otra joven.

Una tercera joven añadió que era elegante, una cuar-

ta que era aéreo.

—Con mucho gusto — dijo Mr. Winkle sonrojándose, —pero no tengo patines.

Esta objeción fué fácilmente contestada; Mr. Trundle tenía dos pares de patines, y el mofetudo dijo que había en la casa media docena. Al saber esta buena noticia, Mr. Winkle declaró que se alegraba mucho; pero al decir esto tenía un ademán que daba compasión.

Mr. Wardle llevó á sus amigos á un gran lago cubierto de hielo; Sam Weller y el mofetudo barrieron la nieve caída la noche anterior, y Mr. Bob Sawyer se puso los patines con una destreza que á los ojos de Winkle era verdaderamente maravillosa; en seguida empezó á trazar círculos, á describir ochos, á trazar sobre el hielo sin detenerse un solo instante una colección de agradables emblemas, con gran satisfacción de mister Pickwick, Mr. Tupman y todos los demás; pero fué mayor aun el entusiasmo cuando Mr. Wardle y Benjamín Allen, ayudados por el susodicho Bob, trazaron también un gran número de figuras y evoluciones.

Entretanto Mr. Winkle, cuyo rostro y cuyas manos estaban azules de frío, se ocupaba en ponerse los patines con la punta hacia atrás, y en trocar las correas de una manera deplorable; le había ayudado en aquella operación mister Snodgrass, que entendía de patines casi tanto como un habitante del ecuador. Al fin, con la ayuda de Sam, los patines fueron colocados convenientemente, y Mr. Winkle pudo enderezarse sobre sus piernas.

—Vamos, señor, en marcha, — le dijo Sam animándole, — en marcha; que vean lo que sois capaz de hacer.

—¡Esperad, esperad! — exclamó Mr. Winkle, que temblaba violentamente y que había agarrado á Sam por el brazo con el vigor convulsivo de un ahogado; — ¡cómo resbala esto, Sam!

—El hielo resbala siempre así; teneos fuerte, — respondió Sam.

Esta última exhortación fué inspirada á Sam por un brusco movimiento del patinador, que parecía tener un frenético deseo de levantar los pies al cielo y romper el hielo con la cabeza.

—Pero... pero estos patines no son sólidos — dijo Mr. Winkle tambaleándose.

—Creo más bien — respondió el otro, — que el patinador es el que es poco sólido.

—¿No empezáis, Winkle? — exclamó Mr. Pickwick, ignorante de lo que pasaba; — estas damas os aguardan con impaciencia.

—Sí, sí — respondió el infortunado joven con una

sonrisa que daba compasión; — sí, sí, voy al instante.

—Ya va á empezar — dijo Sam procurando desasirse de Winkle; — vamos, en marcha.

—Esperad un poco, Sam — murmuró Winkle adhiriéndose á su apoyo con la afección de una yedra á un olmo. — Ahora recuerdo que tengo en casa dos trajes que no me sirven; os los daré.

—Gracias, señor.

—No me soltéis, Sam; yo pensaba daros cinco shelines esta mañana de propina de Pascuas, pero os los daré esta tarde Sam.

—Sois muy bueno, señor.

—Sostenedme un poco, Sam; ¿queréis?... eso es; yo me habituare pronto; no muy aprisa, Sam; no muy aprisa, Sam.

Mr. Winkle, inclinado hacia adelante, era sostenido por Sam, y avanzaba sobre el hielo de una manera singular, pero muy poco aérea, cuando Mr. Pickwick exclamó inocentemente desde la orilla opuesta:

—¡Sam!

—¡Señor!

—Ven acá; te necesito.

—Soldadme, señor; ¿no oís á mi amo que me llama? —soldadme, Mr. Winkle.

Al decir esto, Sam se desprendió con un violento esfuerzo de las manos del desdichado Winkle, y le comunicó al mismo tiempo una velocidad considerable; así es que con una rapidez que no sobrepujaría al patinador más hábil, el infortunado pickwickiano llegó al sitio en que estaban sus tres compañeros en el momento en que Mr. Bob hacía una figura de una belleza sin ejemplo; Mr. Winkle chocó violentamente con él, y los dos cayeron con estrépito sobre el suelo: acudió Mr. Pickwick. Cuando llegó, Mr. Bob se había levantado, pero Mr. Winkle era demasiado prudente para hacer otro tanto con patines en los pies; estaba sentado sobre el hielo, y hacía esfuerzos convulsivos para sonreír, mientras sus facciones expresaban la más profunda angustia.

—¿Estáis herido? — preguntó con ansiedad Benjamin.

—No mucho — respondió Mr. Winkle frotándose un hombro.

—¿Queréis que os haga una sangría? — dijo Bob con cierta oficiosidad generosa.

—No, no, gracias — replicó vivamente el desconcertado pickwickiano.

—¿Qué pensáis, Mr. Pickwick? — dijo Mr. Bob Sawyer.

El filósofo estaba indignado. Hizo un signo á Sam Weller, diciendo:

—Quitadle los patines.

—¿Quitármelos? si no he hecho más que empezar — dijo Mr. Winkle en tono de reconvencción.

—¡Quitadle esos patines! — dijo Mr. Pickwick con severidad.

Era imposible resistir á una orden dada de aquel modo; Mr. Winkle permitió silenciosamente á Sam que la ejecutara.

—¡Levantaos! — dijo Mr. Pickwick.

Sam ayudó á Mr. Winkle á levantarse.

Mr. Pickwick se alejó algunos pasos, y haciendo una seña á su joven amigo de que se acercara, fijó sobre él una mirada penetrante y pronunció en tono alto estas palabras:

—Sois un impostor:

—¿Y qué? — preguntó Mr. Winkle temblando.

—Un impostor, caballero; y hablaré más claramente si queréis; un charlatán, caballero.

Habiendo pronunciado con desdén estas palabras, el filósofo dió una vuelta sobre sus talones y se reunió á los demás.

Mientras Mr. Pickwick expresaba la opinión arriba indicada, Sam y el mofetudo hacían todos los esfuerzos imaginables para echar una carrera por el hielo; la carrera era brillante y larga, y como Mr. Pickwick se sentía helado de permanecer tanto tiempo quieto, había en aquel movimiento algo que le atraía.

—Gracioso ejercicio que debe calentar, ¿no es verdad? — dijo á Mr. Wardle.

—Sí, en verdad, — respondió éste, que estaba fatigado por haber convertido sus piernas en compás inflexible que trazó sobre el hielo mil figuras geométricas; ¿queréis patinar?

—Probadlo á ver.

—¡Oh! sí, Mr. Pickwick; hacedlo — dijeron las damas.

—Tendré mucho gusto en procuraros una distracción, pero hace más de treinta años que no patino.

—¡Bah! niñería — dijo Mr. Wardle; — yo os acompañaré.

Y en efecto, el jovial viejo se lanzó sobre el hielo con una rapidez digna de Sam Weller.

Mr. Pickwick le contempló un instante en ademán reflexivo, se quitó los guantes, los puso en su sombrero, y se lanzó sobre el hielo, recorriéndolo con sus piernas abiertas dos ó tres pies; el aire resonaba con los aplausos de los espectadores.

La manera como ejecutaba Mr. Pickwick su papel en aquella ceremonia, ofrecía un espectáculo del más grande interés. ¡Con cuánta ansiedad, con cuánta tor-

tura notaba que el de detrás avanzaba con grande peligro de derribarlo por tierra! El juego se animaba cada vez más, cuando se oyó un violento estallido; todos se precipitaron hacia la orilla; las damas lanzan un grito de horror, Mr. Tupman responde con un gemido, un gran pedazo de hielo había desaparecido y el agua se agitaba en el agujero. El sombrero, los guantes y el pañuelo de Mr. Pickwick flotaban en la superficie.

El temor y la desesperación estaban pintados en todos los semblantes; los hombres palidecían, las mujeres se ponían malas; Mr. Winkle y Mr. Snodgrass se habían agarrado convulsivamente por la mano y contemplaban con ojos extraviados el sitio por donde su amo había desaparecido, mientras Mr. Tupman, inspirado por el deseo de socorrer eficazmente á su amigo, y de dar á conocer tan claramente como fuera posible á las personas que estuvieran cerca la naturaleza de la catástrofe, corría al través de los campos como un loco, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Fuego, fuego!

Sin embargo, Sam y el viejo Wardle se acercaron con cautela á la abertura, cuando una cabeza y unos hombros salieron de debajo de las aguas y ofrecieron á todas las miradas las facciones y los anteojos de mister Pickwick.

Sosteneos en el agua un instante, un solo instante—vociferó Mr. Snodgrass.

—¡Sí! — exclamó Mr. Winkle, profundamente conmovido, — sosteneos en el agua un momento.

Esta exhortación no era muy necesaria; porque, según todas las apariencias, si Mr. Pickwick hubiera podido sostenerse en el agua, no hubiera dejado de hacerlo por amor á sí mismo.

—¡Eh! viejo camarada, ¿hacéis pie? — dijo mister Wardle.

—Sí — dijo Mr. Pickwick, respirando fuertemente y apretándose los cabellos para hacer correr el agua; — he caído de espaldas y no he podido ponerme en pie inmediatamente.

Realizáronse prodigios de valor para sacar á mister Pickwick; después de varias remojaduras y cortes de hielo, el filósofo fué libertado de tan terrible situación, y se encontró en tierra firme.

—¡Oh, Dios mío! va á coger un constipado espantoso — exclamó Emilia.

—¡Pobrecito! — dijo Arabella; — envolveos en mi mantón, Mr. Pickwick.

—Es lo mejor que hay que hacer — añadió mister Wardle; — en seguida corred á la casa tan pronto como podáis y meteos inmediatamente en la cama.

Una docena de mantos fueron ofrecidos al instante, y Mr. Pickwick, habiendo sido bien forrado, se dirigió á la casa, guiado por Sam, ofreciendo á los que le encontraban el singular fenómeno de un hombre de edad, chorreando agua, envuelto en un manto de mujer, y trotando, sin ningún fin aparente, con una velociadd de seis millas por hora.

Pero en una circunstancia tan grave Mr. Pickwick no se cuidaba de las apariencias; sostenido por Sam, continuó corriendo á todo correr en dirección á la casa, donde ya Mr. Tupman, llegado un momento antes, había dado la voz de alarma; la vieja lady, atacada de violentas palpitaciones, se desolaba en la convicción de que se había pegado fuego á la chimenea, calamidad que se presentaba siempre á su espíritu con los más horribles colores, cuando oía en torno suyo la menor agitación.

Al día siguiente por la mañana se disolvió la jovial asociación que las fiestas de Navidad habían formado. Los amigos de Mr. Wardle se separaron por el momento, y se fueron cada uno á su casa. Mr. Pickwick y sus amigos, tomaron de nuevo su asiento en el coche de Muggleton, mientras miss Arabella Allen, conducida por su hermano Benjamín y por el amigo íntimo de su hermano, se dirigió á su destino. Nos vemos obligados á confesar que no sabemos cuál era ese destino; pero tenemos motivos para creer que Mr. Winkle no lo ignoraba.

Lo cierto es que antes de dejar á Mr. Pickwick, los jóvenes estudiantes le llevaron aparte con aire misterioso.

—Decid, viejo, ¿dónde tenéis vuestro palomar? — le preguntó Bob.

Mr. Pickwick respondió que tenía su palomar en la posada de *El Buitre*.

—Vos debéis venir á verme — contestó Bob.

—Con mucho gusto — dijo Mr. Pickwick.

—He aquí mis señas — dijo Bob sacando una tarjeta. *Calle de Land, Borogh*. Es sitio conocido para mí, como veis. Junto al hospital. Cuando se pasa la iglesia de San Jorge, á la derecha.

—Desde aquí lo veo.

—Id dentro de quince días y llevad con vos vuestros cuatro amigos. Nos divertiremos.

Mr. Pickwick expresó su satisfacción, y cambiando algunos apretones de manos, los nuevos amigos se separaron.

Comprendemos que en este pasaje estamos expuestos á que se nos pregunte si Mr. Winkle cuchicheaba durante este tiempo con Arabella Allen, y en este caso,

tura notaba que el de detrás avanzaba con grande peligro de derribarlo por tierra! El juego se animaba cada vez más, cuando se oyó un violento estallido; todos se precipitaron hacia la orilla; las damas lanzan un grito de horror, Mr. Tupman responde con un gemido, un gran pedazo de hielo había desaparecido y el agua se agitaba en el agujero. El sombrero, los guantes y el pañuelo de Mr. Pickwick flotaban en la superficie.

El temor y la desesperación estaban pintados en todos los semblantes; los hombres palidecían, las mujeres se ponían malas; Mr. Winkle y Mr. Snodgrass se habían agarrado convulsivamente por la mano y contemplaban con ojos extraviados el sitio por donde su amo había desaparecido, mientras Mr. Tupman, inspirado por el deseo de socorrer eficazmente á su amigo, y de dar á conocer tan claramente como fuera posible á las personas que estuvieran cerca la naturaleza de la catástrofe, corría al través de los campos como un loco, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Fuego, fuego!

Sin embargo, Sam y el viejo Wardle se acercaron con cautela á la abertura, cuando una cabeza y unos hombros salieron de debajo de las aguas y ofrecieron á todas las miradas las facciones y los anteojos de mister Pickwick.

Sosteneos en el agua un instante, un solo instante—vociferó Mr. Snodgrass.

—¡Sí! — exclamó Mr. Winkle, profundamente conmovido, — sosteneos en el agua un momento.

Esta exhortación no era muy necesaria; porque, según todas las apariencias, si Mr. Pickwick hubiera podido sostenerse en el agua, no hubiera dejado de hacerlo por amor á sí mismo.

—¡Eh! viejo camarada, ¿hacéis pie? — dijo mister Wardle.

—Sí — dijo Mr. Pickwick, respirando fuertemente y apretándose los cabellos para hacer correr el agua; — he caído de espaldas y no he podido ponerme en pie inmediatamente.

Realizáronse prodigios de valor para sacar á mister Pickwick; después de varias remojaduras y cortes de hielo, el filósofo fué libertado de tan terrible situación, y se encontró en tierra firme.

—¡Oh, Dios mío! va á coger un constipado espantoso — exclamó Emilia.

—¡Pobrecito! — dijo Arabella; — envolveos en mi mantón, Mr. Pickwick.

—Es lo mejor que hay que hacer — añadió mister Wardle; — en seguida corred á la casa tan pronto como podáis y meteos inmediatamente en la cama.

Una docena de mantos fueron ofrecidos al instante, y Mr. Pickwick, habiendo sido bien forrado, se dirigió á la casa, guiado por Sam, ofreciendo á los que le encontraban el singular fenómeno de un hombre de edad, chorreando agua, envuelto en un manto de mujer, y trotando, sin ningún fin aparente, con una velociadd de seis millas por hora.

Pero en una circunstancia tan grave Mr. Pickwick no se cuidaba de las apariencias; sostenido por Sam, continuó corriendo á todo correr en dirección á la casa, donde ya Mr. Tupman, llegado un momento antes, había dado la voz de alarma; la vieja lady, atacada de violentas palpitaciones, se desolaba en la convicción de que se había pegado fuego á la chimenea, calamidad que se presentaba siempre á su espíritu con los más horribles colores, cuando oía en torno suyo la menor agitación.

Al día siguiente por la mañana se disolvió la jovial asociación que las fiestas de Navidad habían formado. Los amigos de Mr. Wardle se separaron por el momento, y se fueron cada uno á su casa. Mr. Pickwick y sus amigos, tomaron de nuevo su asiento en el coche de Muggleton, mientras miss Arabella Allen, conducida por su hermano Benjamín y por el amigo íntimo de su hermano, se dirigió á su destino. Nos vemos obligados á confesar que no sabemos cuál era ese destino; pero tenemos motivos para creer que Mr. Winkle no lo ignoraba.

Lo cierto es que antes de dejar á Mr. Pickwick, los jóvenes estudiantes le llevaron aparte con aire misterioso.

—Decid, viejo, ¿dónde tenéis vuestro palomar? — le preguntó Bob.

Mr. Pickwick respondió que tenía su palomar en la posada de *El Buitre*.

—Vos debéis venir á verme — contestó Bob.

—Con mucho gusto — dijo Mr. Pickwick.

—He aquí mis señas — dijo Bob sacando una tarjeta. *Calle de Land. Borogh*. Es sitio conocido para mí, como veis. Junto al hospital. Cuando se pasa la iglesia de San Jorge, á la derecha.

—Desde aquí lo veo.

—Id dentro de quince días y llevad con vos vuestros cuatro amigos. Nos divertiremos.

Mr. Pickwick expresó su satisfacción, y cambiando algunos apretones de manos, los nuevos amigos se separaron.

Comprendemos que en este pasaje estamos expuestos á que se nos pregunte si Mr. Winkle cuchicheaba durante este tiempo con Arabella Allen, y en este caso,

qué es lo que decía; y además si Mr. Snodgrass hablaba aparte con Emilia Wardle; y en este caso, cuál era el tema de su conversación. A esto responderemos que lo que quiera que le dijeran á las jóvenes no se lo dijeron á Mr. Pickwick ni á Mr. Tupman durante veinticuatro millas de camino, y que en todo el viaje suspiraron con frecuencia y rehusaron la cerveza y el aguardiente que se les ofrecía.

Si nuestras juiciosas lectoras pueden sacar de estos hechos algunas conclusiones satisfactorias, nosotros no nos oponemos á ello.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
CAPÍTULO XXXII  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*Consagrado todo entero á la ley y á sus sabios intérpretes*

En varios rincones y callejuelas del Temple se encuentran algunas habitaciones sombrías y sucias, hacia las cuales se dirigen sin cesar durante la mañana y al caer de la tarde innumerables cuadrillas de pasantes de procurador, llevando enormes paquetes de papel en los bolsillos y debajo del brazo. Hay varios grados entre los pasantes, á saber: el primero, que paga pensión y es procurador en perspectiva, tiene cuenta corriente con el sastre, recibe invitaciones de tertulias, conoce varias familias, sale de la ciudad en vacaciones para ir á ver á sus padres, es en fin, el aristócrata de los pasantes.

Hay el pasante asalariado, interno ó externo, según los casos, que consagra la mayor parte de sus treinta chelines semanales á adornar y distraer su persona. Tres veces por semana asiste por mitad de precio á las representaciones del teatro *Adelphi*, y hace majestuosamente algunas proezas de libertinaje en las tabernas que están abiertas después de cerrarse los teatros; es, en fin, una deseada caricatura de la moda de hace seis meses. Viene en seguida el expedicionario, hombre de cierta edad, padre de una numerosa familia; suele emborracharse. Hay, en fin, la variedad casi infinita de pasantes, que no podemos enumerar; pero aunque innumerables, se les ve dirigirse regularmente á ciertas horas á los sitios que acabamos de mencionar.

Aquellos antros, separados del resto del mundo, nos representan las oficinas públicas de justicia. Allí se hacen las averiguaciones; allí se forman los juicios; allí se toman las declaraciones; allí se ponen en movimiento una multitud de pequeñas máquinas para tormento de los fieles súditos de su majestad y para provecho de los hombres de ley. Son en su mayor parte salas bajas y húmedas, donde las innumerables hojas de papel, depositadas desde hace un siglo, emiten un agradable perfume, al cual viene á mezclarse durante el día un olor á podredumbre, y durante la noche las exhalaciones de las capas y paraguas húmedos, de las velas rancias.

Quince días después de la vuelta de Mr. Pickwick á Londres, se vió entrar en una de aquellas oficinas, á eso de las siete y media de la tarde, á un individuo, cuyos largos cabellos estaban cuidadosamente enroscados bajo las alas de su sombrero. Llevaba un gabán obscuro, y sus pantalones estaban tan tirantes, que amenazaban romperse por las rodillas á cada movimiento. Sacó del bolsillo un pedazo de pergamino largo y estrecho, sobre el cual el funcionario imprimió un timbre negro é ilegible. El tal individuo sacó en seguida de otro bolsillo cuatro pedazos de papel de las mismas dimensiones, que contenían copias impresas del pergamino, con algunos blancos para poner nombres. Llenó los blancos, volvió á poner los cinco documentos en sus bolsillos, y se marchó á buen paso.

Aquel hombre no era otro que nuestro antiguo conocido Mr. Jackson, de la casa Dodson y Fogg, en Cornhill. Pero en lugar de volver al estudio de donde venía, dirigió sus pasos á Sun Court, y entrando en el hotel de *El Buitre*, preguntó si estaba allí un tal mister Pickwick.

—Tom — dijo la joven que estaba en el mostrador, — llama al criado de Mr. Pickwick.

—No es preciso — dijo Jackson, — vengo á negocios. Si queréis indicarme la habitación de Mr. Pickwick, subiré yo solo.

—¿Vuestro nombre? — preguntó el mozo.

—Jackson.

El mozo subió á anunciar á Mr. Jackson; pero mister Jackson le evitó la molestia de anunciarle, entrando en la habitación antes de que el mozo pudiera articular palabra.

Aquel día, Mr. Pickwick había invitado á sus tres amigos á comer, y estaban sentados alrededor del fuego, bebiendo alegremente, cuando Mr. Jackson se presentó de la manera que hemos indicado.

—¿Cómo estáis, caballero? — dijo inclinándose ante Mr. Pickwick.